

www.mdipime.org

Nuestra familia de las Misioneras de la Inmaculada nace en la Iglesia para participar a la única misión de Cristo, dedicándose, con el mismo espíritu del Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras (PIME), al anuncio del Evangelio a todos los pueblos.

La rica espiritualidad del PIME no ha sido plasmada en una misionalidad vivida sólo por sacerdotes y hermanos: la madre Giuseppina Dones y Giuseppina Rodolfi, fundadoras de nuestro Instituto, han tomado contacto con tanta pasión misionera, que las ha fascinado, y, tocadas por el Espíritu, han donado a la Iglesia una nueva familia de Apóstoles. La gran inspiración les ha llegado de la luminosa figura del beato Paolo Manna que reconocemos como el inspirador de nuestro Carisma misionero; mientras que la ayuda decisiva para realizar el sueño más hermoso de las fundadoras ha sido dado por mons. Lorenzo Maria Balconi, nuestro cofundador.

Una congregación misionera en el más amplio y más vasto sentido de la palabra (palabras de P. Manna)



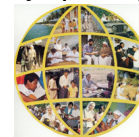
Giuseppina Dones y Giuseppina Rodolfi han dado inicio a la nueva Congregación misionera femenina el 8 de diciembre de 1936, fiesta de la Inmaculada, en Milán. Eran solo dos en los comienzos, pero muy pronto otras jóvenes se unieron a ellas y, en 1948, el primer grupo de misionarias partió para la India.

A partir de aquel primer envío nosotros continuamos dejando nuestros países de origen por los cinco continentes, para anunciar el Evangelio de Jesucristo. Actualmente estamos presentes, con comunidades internacionales, en Europa (Italia y Gran Bretaña), Asia (India, Bangladés, Hong Kong), América Latina (Brasil Sur y Amazonía), África (Camerún, Guinea Bissau e Argelia) y Oceanía (Papúa Nueva Guinea), dispuestas a alcanzar nuevos horizontes...

Las cifras. Somos 896 misioneras. 153 italianas. Más de 627 indias. 53 brasileñas y 49 de Bangladés. Y 10 papús, 2 camerunesas, 2 chinas.

El carisma. La gracia que hemos recibido, nuestro carisma en la Iglesia, es la viva pasión de anunciar el Reino de Dios a todas las gentes. Creemos que nuestra tarea y don es anunciar a Jesucristo a todos los pueblos, con palabras y con obras al servicio de cada pobreza.

Las actividades. ¿Qué hacemos? Intentamos responder a las peticiones de salud, de instrucción, de dignidad, de significado, de amor que surgen de la humanidad con que nos encontramos. Respondemos con dispensarios, leproserías, hospitales; escuelas y albergues, actividades sociales, promoción de la mujer, trabajo con jóvenes; predicación, campos en los poblados, catecúmenos, catequesis, animación misionera... Otras cosas se inventan, según los tiempos y los lugares. Así somos párrocos en África o en Brasil; o abogados en un Centro para la defensa de los derechos de la mujer en el sur de la India; hay quien enseña misionología en la universidad de San Paolo de Brasil, o bordados que parecen pinturas de las mujeres en Bangladés. Hay quien forma parte de un equipo itinerante que trabaja al servicio de los indios de la Amazonía, viajando durante semanas en barca sobre el río, y quien periódicamente va de Hong Kong a China para enseñar inglés. A los



leprosos hoy se unen los enfermos de AIDS-SIDA. Un equipo móvil para la evangelización, con la colaboración de una quincena de laicos, pone en escena historias del Evangelio y las representa en los poblados de la India, para cristianos e hindús...

El espíritu. ¿Y cómo lo hacemos? Nuestro icono evangélico es el sembrador bueno: en su gesto vemos el modelo del espíritu misionero que estamos llamadas a vivir. El sembrador siembra y no ve dónde va a caer la semilla. Siembra con fe. Siembra y la semilla se reparte por todas partes: siembra con amor sin fronteras. Siembra y sin importar el cansancio o la soledad: siembra en el sacrificio. Siembra y no se preocupa de ver enseguida los resultados: siembra con fortaleza y esperanza. Siembra solo, pero su gesto llama y espera otros obreros: comunión que nace, Iglesia misionera. Fe viva, amor universal, espíritu de sacrificio sin reservas, fortaleza y esperanza, comunión eclesial. Son las líneas-fuerza espirituales de nuestro modo de ser misioneras ad gentes.

La comunidad. En el mundo contamos con 120 comunidades. Desde la minúscula comunidad satélite a la más grande, construidas entorno a escuelas, hospitales y centros sociales. Todas para evangelizar. La oración común, los encuentros comunitarios, las horas de trabajo al servicio de quien nos necesita, el tiempo de las visitas y de la escucha, el tiempo de la preparación del trabajo apostólico: así es nuestro día a día. La composición de las comunidades es variada y el milagro a realizar cada día es el de vivir en común: convivir con hábitos distintos, comprenderse, acogerse, testimoniar juntos el amor de Dios sin límites ni condiciones. Hoy el mundo reclama este testimonio, sediento de unidad y paz, de solidaridad y compartir. En nuestras comunidades interculturales, nosotras rezamos delante de la misma custodia, nos sentamos a la misma mesa y servimos a las mismas personas.

El corazón y el futuro. Existe también la vieja guardia, las misioneras de la primera hora, aún combativas en el campo del servicio. Y están aquellas que combaten ya solo con oración y el sufrimiento, la retaguardia fecunda de la casa para las hermanas ancianas en Monza. En las distintas misiones, una cuarentena de novicias se preparan para la consagración misionera y otras jóvenes inician el camino: para que la historia continúe...

Publicado: 07/11/2011